

LA GRAN COLETTE



"... ya que este rostro, el mío, sólo vale por la expresión que lo anima, y el color de la mirada, y la sonrisa desafiante que aparece, lo que Marinetti llama mi gaiezza volpina". ("La Vagabonde".)



"Escribir, [poder escribir], significa larga meditación ante la hoja blanca, el garabatear inconsciente, los juegos de la pluma que da vueltas alrededor de una mancha de tinta, que mordisquea la palabra superpuesta, le clava las uñas, la eriza de flechas...". ("La Vagabonde".)

RESULTA que, legal, literaria y familiarmente, tengo un solo nombre, que es el mío...

Nombre y apellido todo de una pieza. Colette en la intimidad y Colette en la vida pública. Los nombres de sus maridos no lograron fijarse ni en su obra ni en su apellido, y su propio nombre de pila se eclipsó ante el encanto de Colette tout court. Se llamaba Sidonie-Gabrielle Colette y nació el 28 de enero de 1873, tuvo una vida agitada y novelesca, llena de aventuras y de actitudes audaces fuera de toda convención y respetabilidad. ¿El centenario de Colette? Un homenaje convencional al ser humano más anticonvencional que haya existido. No me es difícil imaginar su comentario, divertido, inesperado, profundo, sin el menor respeto a lo que podríamos llamar burocracia intelectual, sin el menor respeto a las investiduras, al *tableau d'honneur*, a la cotización de su propio nombre íntimo, a pesar de su categoría universal. No es fácil hablar de Colette, y ante el recuerdo de su última imagen, emocionante y terrible máscara que ella mis-

ma se había construido, sus contemporáneos callaban. Qué raro que no exista una biografía de Colette en la Francia de las biografías. Una biografía mucho más accidentada e imprevisible que la más abigarrada novela de aventuras. Colette, artista de «music-hall», Colette, actriz de teatro, reporter, esthéticienne, crítico teatral, disfrazada de soldado en pleno campo de batalla, casada, divorciada, casada otra vez y otra, escritora, escritora, escritora.

En «Los zarcillos de la viña»

MARIA AURELIA CAPHANY

(«Les Vrilles de la Vigne», 1908) cuenta la fábula del ruiseñor que se quedó prendido en los zarcillos de la viña una noche de primavera. El ruiseñor decidió no dormir jamás en las noches de primavera y cantar, cantar hasta el alba.

Todas las trampas del mundo: placeres, amores, comodidades, sueños felices y sin dudas están

representados por estos zarcillos que inmovilizan el espíritu, y el único modo de salvarse de esta inmovilidad estéril es elevar la voz contando lo que existe, sin olvidar nada: «Quisiera decir, decir, decir todo lo que sé, todo lo que pienso, todo lo que adivino, todo lo que me gusta y me hiere y me asombra...». Colette lo dijo todo, no durmió jamás el sueño feliz de la primavera, pero jamás se aburriría o se cansó. Habló de todo, del amor, del desdén, del orgullo, de la soledad de los demás,

de las obras de los demás y, sobre todo, de ella misma, sin advertir jamás que hablaba de ella misma. Cuando dice: yo... su imaginación ya se ha disparado y surge de esta reflexión íntima un personaje entero. Su presencia se introduce en sus novelas, pero sus personajes se desprenden de su creación adquiriendo vida propia: Claudine, Gigi, Chéri...

La impresión más profunda que produce cualquiera de sus obras es la de veracidad. Ni siquiera se percibe el propósito de obra acabada que se desprende de casi toda la creación literaria. Diríase que Colette se lanza a la obra con la gesticulación límpida y armoniosa de un cuerpo ágil al saltar al agua. Sólo muy lentamente el lector se da cuenta de la riqueza, de la sabia dificultad de su trabajo. Diríase que Colette no inventó nunca nada, pero lo que ella ofrece del mundo no existía antes que ella. ¿Cómo clasificar, pues, su obra si, como realista que es, se burla de todo positivismo y reclama para el placer físico la máxima categoría del espíritu?

Y si su obra permanece inclasificable —¿dónde colocaremos «La Vagabonde», en el género novela o en los recuerdos personales? ¿Cómo clasificar «Le pur et l'impur» en el género ensayo?—, nos damos cuenta al final de su vida que no sabemos de ella sino lo que nos ha querido explicar en el tejido abigarrado y maravillosamente confuso de su creación literaria. Maurice Goudekot nos explica con qué arte supo eludir



"¿No ama usted la gloria?", me preguntó Madame de Noailles. Claro que sí. Quisiera dejar un gran renombre entre los seres que habiendo guardado en su pelaje, en su alma, la huella de mi paso, pudieron reír locamente un solo instante que les pertenecía. (El nacimiento del día.)



"Qué difícil es acabar consigo mismo... Si es cuestión de intentarlo..., no se hable más, lo intento". ("La estrella Vesper".)

las preguntas que la obligaran a una simple confesión. Jamás sintió el deseo de escribir unas memorias. «Sólo de pensar en escribir una obra así: "Nací el 28 de enero de 1873, en Saint-Sauveur-en-Puisaye" y encontrarme en

el primer día, ya me siento desanimada... Además —añadía— no me gusta hablar de mí misma».

No le gustaba hablar de sí misma concediéndose la importancia de un personaje. Tampoco le interesaba hacer historia, relatar el

pasado en el rigor de los materiales muertos; por lo contrario, el pasado se hacía vivo siempre mezclado con el presente. Por esta razón, la obra de Colette da siempre la impresión de haber captado un instante fugaz, un presente continuo; el tiempo no transcurre, está ahí, tanto si habla de su infancia como de su vida matrimonial, antes del primer divorcio, como de sus *tournées* de actriz, como de sus andanzas como reportero de *Le Matin*. Por esta razón, su constante hablar de todo no es jamás trivial, jamás nos detiene ante un hecho singular, sino ante la razón de toda una existencia. Por esto pudo decir: «No me gusta hablar de mí misma».

Toda la obra de Colette, mejor dicho, toda su personalidad sólo es posible en una tierra como Francia, mejor dicho, en una ciudad como París. El concepto de trabajo intelectual está siempre presente en su riguroso mundo inspirado. Al placer de crear se añade el placer del trabajo. La idea del trabajo cumplido, de la tarea terminada a tiempo colorea su vocabulario de expresiones rurales: la yegua que tira del carro, el gran quehacer de la colada, el cuerpo inclinado hacia la tierra para recoger los frutos. El espíritu de Colette oscila entre su hedonismo y su profundo sentido del deber. El trabajo era su tributo a la vida, el pago de tantas cosas que le había concedido. Y escribir se planteó desde un principio como un trabajo a cumplir. Colette nos explica que había pensado contar la aventura del escritor que no quería escribir. Jamás se le ocurrió escribir sobre el amor cuando el amor llegó a su vida. Escribir no fue nunca para Colette un deseo de contemplación narcisista, sino, desde el co-

mienzo y con toda lucidez, un oficio. Vivir la satisfacía sobradamente para no tener que escribir sobre la vida: «Sin embargo, mi vida se ha deslizado escribiendo... Nacida en una familia sin fortuna, no tenía ningún oficio. Sabía encaramarme, silbar, correr, pero nadie vino a proponerme una carrera de ardilla, de pájaro o de corza. El día en que la necesidad me puso una pluma en la mano y que a cambio de las páginas que yo había escrito me dieron un poco de dinero, comprendí que me sería necesario a diario, lenta, dócilmente escribir, pacientemente conciliar el sonido y el número, levantarme pronto por gusto, acostarme tarde por deber».

Y el oficio lo aprendió con el rigor de un relojero: un arte de precisión que reparte el tiempo con sonidos de una gran belleza. En los últimos tiempos de su vida, pasados los ochenta años, llenó sus horas de descanso bordando en punto de cruz. Escribe y borda tenazmente, sin fatiga y contempla con una impresionante claridad el fin de su vida: «Sobre el camino sonore se une y se desune para unirse de nuevo el trote de los dos caballos uncidos en pareja. Guiados por la misma mano, pluma y aguja, hábito del trabajo y sensato deseo de ponerle fin se unen amistosamente, se separan, se reconcilian... Lentos corceles míos, procurad seguir juntos, veo desde aquí el final del camino».

Cuando se ha querido resumir en pocas palabras la dimensión literaria de Colette, se ha dicho que explicó la experiencia amorosa de la mujer con una audacia ilimitada y que logró una pureza de estilo jamás superada. Parece, a primera vista, que en este resumen que encontraremos en enciclopedias e historias literarias se ha dicho muy poco de esta escritora incansable y, sin embargo, el resumen nos dice mucho de Colette. Todo lo que ella nos cuenta nos llega a través del amor no sólo porque Colette habla únicamente de lo que ama, sino porque el amor cobra realidad, realidad tangible, respirable, diríase deglutible. El amor que no tiene nada que ver con lo amable, lo dulce, lo encantador. Dice en *Le pur et l'impur*, libro en el que su capacidad de decir exactamente lo que quiere decir llega a los límites de la perfección: «Quitadme de delante lo que sea demasiado dulce. Preparad, para el último tercio de mi vida, un espacio bien delimitado, para que yo pueda colocar ahí la vianda cruda que prefiero, el amor. Tenerla ante mí, respirarla sensatamente, tocarla con la mano y clavarle el diente me conserva la piel fresca».

No hay nada suave, ni tierno, ni fácil en Colette, y de ahí nacen lo imprevisible y lo puro de su estilo, que se resisten a la más mínima transposición e incluso al análisis, ya que el rigor proviene de su pasión por la verdad.

Sus biógrafos nos cuentan que murió un atardecer de agosto mirando, desde la cama, los jardines del Palais-Royal. ■